

Promotio Iustitiae no 138, 2025/6

Pedro Arrupe y el discernimiento en común: la fundación del Servicio Jesuita a Refugiados

«La realidad es superior a las ideas... Las ideas se discuten, la realidad se discierne. El discernimiento es el carisma de la Compañía».

Papa Francisco

El P. Pedro Arrupe impartió una clase magistral sobre el discernimiento comunitario en Bangkok el 6 de agosto de 1981. Su charla improvisada ante los jesuitas de la Región de Tailandia y los que allí trabajaban con refugiados fue su última charla como General¹. Más tarde, esa noche tomó el vuelo a Roma y al llegar sufrió el derrame cerebral que lo incapacitó.

Días antes, a principios de agosto de 1981, el P. Arrupe se había reunido conmigo en Manila. Estaba allí para celebrar la llegada de los primeros jesuitas a Filipinas, cuatrocientos años antes. Allí me pidió que coordinara el nuevo Servicio Jesuita a Refugiados en Asia-Pacífico. Aunque entonces no pude viajar para reunirme con los que trabajaban con refugiados en Bangkok, sus instrucciones en aquella charla, a la que él se refirió como su «canto del cisne», y su carta fundacional del JRS, me guiaron durante los siguientes veinte años en el JRS y, de hecho, durante los veinte años siguientes en sucesivos destinos como superior mayor.

El P. General Pedro Arrupe había fundado el Servicio Jesuita a Refugiados (JRS) el año anterior, tras una amplia consulta y discernimiento sobre el desafío que representaban los refugiados. Su carta, publicada en noviembre de 1980, en la fiesta de San José Pignatelli, ofrecía seis puntos claros sobre cómo el JRS facilitaría la respuesta de la Compañía al problema de los refugiados. Pero esa carta no daba detalles sobre los servicios concretos que el JRS ofrecería a los refugiados. Aunque profetizó que el JRS aportaría una ayuda tangible a los refugiados, un reconocimiento más profundo de su difícil situación y un impacto beneficioso en la Compañía, no dio instrucciones sobre lo que precisamente debía hacer el personal de campo del JRS. Eso quedaba para el discernimiento sobre el terreno.

Rezar mucho: instrucciones para el discernimiento en el canto del cisne de Arrupe

¹ El «Discurso final del P. Arrupe a los jesuitas que trabajan con refugiados en Tailandia» se encuentra en *Everybody's Challenge: Essential Documents of Jesuit Refugee Service 1980-2000 (Roma: Jesuit Refugee Service, 2000)*, editado por Danielle Vella, p. 33. Disponible en línea.

EL “canto del cisne» del padre Arrupe estaba lleno de reflexiones profundas sobre cómo ejercer constantemente el discernimiento comunitario sobre las realidades que crearon la situación de los refugiados, y sobre las formas en que la Compañía y el JRS podían responder, permitiendo así vivir el carácter profético del ministerio ignaciano. Esto se hace especialmente evidente en una digresión aparentemente extraña que hizo al final de su charla, como si estuviera pensando en voz alta. *«Les diré algo que me pregunto muy a menudo. ¿Deberíamos dar ayuda espiritual a los guerrilleros de América Latina? ¿No, dicen ustedes? Bueno, yo no puedo decir que no».* Reflexionando más tarde, me di cuenta de que no era una digresión en absoluto. Casi una década después del Decreto 4 de la CG 32, *Nuestra misión hoy: el servicio de la fe y la promoción de la justicia*, la Compañía se enfrentaba a enormes dificultades, tanto por la clara antipatía del Vaticano hacia el P. Arrupe y su autoridad, como por las opciones apostólicas sobre el terreno que a veces se interpretaban en términos ideológicos. Como dijo Philip Endean: *«la espiritualidad ignaciana de Arrupe y su sensibilidad hacia su propia experiencia le llevan a cuestionar las ortodoxias de la Guerra Fría»*². El P. Arrupe proponía que el camino del JRS, arraigado en lo que el JRS aprendería al acompañar a los refugiados, era otra forma de buscar la justicia, y que reportaría grandes beneficios a la Compañía de Jesús.

El día 6 de agosto se conmemora tanto el Día de Hiroshima como la Fiesta de la Transfiguración. Ese día, Don Pedro se reunió con los jesuitas que habían venido a Tailandia para acompañar a los refugiados en respuesta a su llamamiento cuando fundó el JRS. Como era habitual, primero los escuchó. *«Veo que están contentos. Pero también veo que su trabajo es pesado»*, les dijo. No les dijo cómo hacer su trabajo, sino que los animó a planificar juntos lo que iban a hacer. *«La situación está cambiando mucho»*, dijo. Por lo tanto, debían discernir juntos y elegir con prudencia la forma en que se comprometían a acompañar a los refugiados. Insistió en que el discernimiento comunitario daría forma a este nuevo apostolado, aunque tuviera que sufrir los dolores del parto al nacer. *«Por esta razón, a fortiori, hay que asumir grandes riesgos»*, razonó el P. Arrupe. Su consejo era tanto práctico como espiritual:

«La situación en todo el mundo está cambiando mucho. Por lo tanto, es difícil tener un plan fijo... y ustedes están experimentando... aquí es donde entra en juego la prudencia... lo que esto significa es que hacemos un discernimiento comunitario como grupo y luego establecemos un camino común a seguir... En todo esto hay que pensar y rezar como cuerpo (grupo). La «elasticidad» de esta experimentación... debe ir en una sola dirección: la dirección señalada por el Espíritu Santo.»

El P. Arrupe previó que, dadas las exigentes situaciones en las que trabajaría el JRS, este discernimiento implicaría debates intensos.

«Todo el mundo tiene que expresar claramente su opinión y sus experiencias. Y al final tiene que haber algún tipo de conclusión. Quizás alguien tenga que cambiar de opinión o, al menos, actuar de acuerdo con la opinión de otra persona. Ese es el precio que tenemos que pagar.»

Explicó la necesidad de un coordinador que les permitiera reunirse, reflexionar sobre sus experiencias y garantizar la implementación:

² Philip Endean, *«The Ignatian Spirituality of the Way»*, *The Way*, 42/1 (enero de 2003), pp. 7-21.

«Es necesario contar con alguien a tiempo completo que considere todas las cosas que hemos discutido... (una persona) que pueda escuchar opiniones... (que tenga) un oído para cada uno de ustedes... y para todo lo que está sucediendo... y que ejecute el camino (policy) decidido.»

El P. Arrupe insistió: *«Recen. Recen mucho. Problemas como estos no se resuelven con esfuerzos humanos.»*

Dada su propia experiencia, que comenzó con la ayuda que prestó a los supervivientes de la explosión nuclear de Hiroshima, el P. Arrupe estaba muy cualificado para dar consejos a los miembros del JRS. Había hablado sobre este tema en una conferencia muy difundida titulada *«Arraigados en la caridad»*. En esa charla, criticó las formas de «ayuda de emergencia» que ignoran los derechos de las personas a las que se atiende. Dijo: *«Hay una caridad aparente que es una injusticia disfrazada, por la que damos a un ser humano por "benevolencia" lo que le corresponde por justicia. La limosna se convierte en un subterfugio»*. El P. Arrupe sabía que precisamente donde hay necesidades urgentes, la ayuda prestada con generosidad y buena intención puede retrasar u obstaculizar la justicia. En Tailandia, Don Pedro advirtió: *«Situaciones como estas son muy difíciles y complicadas. Todo debe hacerse con gran discernimiento. No basta con tener una gran idea un día y ponerse manos a la obra directamente. No, eso podría ser muy malo... La mezcla de profecía y prudencia, seguridad y riesgo, da lugar a situaciones complejas»*.

Precisamente por estas razones, el equipo sobre el terreno debe ser reflexivo y flexible, y tener experiencia en el campo, o estar en estrecho contacto con él. En cuanto a las características de su discernimiento, el P. Arrupe había descrito la práctica anteriormente en su generalato: *«cómo distinguir lo importante y lo secundario, lo permanente y lo transitorio, lo universal y lo particular, lo esencial y lo accidental»*.

Presencia, conversación y mejora de la capacidad: los primeros años en el JRS Asia-Pacífico

Como es bien sabido, el P. Arrupe tomó el vuelo a Roma la tarde del 6 de agosto y sufrió un derrame cerebral al llegar al aeropuerto de Fiumicino la mañana del 7. Con la confusión que se produjo en Roma tras su derrame cerebral y el nombramiento del P. Paolo Dezza, pasó un año antes de que me asignaran formalmente el cargo de director regional del JRS Asia-Pacífico. Mi primera acción fue convocar a los trabajadores del JRS para discernir sobre cómo proceder. Un relato temprano describe nuestra primera reunión. Aunque no utilizamos mucho esos términos, se trató de un «discernimiento apostólico comunitario».

Cada uno de nosotros habló de su propio trabajo, compartiendo lo que había aprendido de su tiempo con los refugiados. Hablamos de la profunda angustia humana de los refugiados que habían perdido su patria, a sus familiares cercanos, su libertad de elección, su trabajo y su dignidad. Quizás el problema más generalizado era la sensación de impotencia. ... Nos preguntamos cómo los trabajadores del JRS podían acompañar a los refugiados. Una y otra vez, recurrimos al discernimiento en oración sobre esta cuestión. Consideramos que nuestro primer servicio era compartir, aunque

*fuera en pequeña medida, la vida y el sufrimiento de los refugiados, ser capaces de amarlos y respetarlos, ser un signo de solidaridad y esperanza*³.

Nuestro discernimiento temprano y regular nos llevó a adoptar formas características para que los miembros del JRS estuvieran cerca de los refugiados y, tras examinar las necesidades de cada lugar, decidieran qué servicios prestar. Los proyectos emprendidos fueron aquellos que fomentaban la presencia, la conversación y mejoraban la capacidad de los refugiados. El discernimiento de los trabajadores sobre el terreno debería, a su vez, ayudar a la Compañía y a sus miembros a discernir cómo afrontar las necesidades contemporáneas.

Como había profetizado con tanta perspicacia el P. Arrupe, estaba claro que se necesitaba un discernimiento constante para prestar asistencia humanitaria, sobre todo debido a las maniobras geopolíticas en la región. Aunque se ofrecía y se sigue ofreciendo una ayuda generosa y valiente a los refugiados, hay poderosas fuerzas del mal en acción cuando las personas son desarraigadas y expulsadas de sus hogares y sus países de origen. *La bondad y la crueldad crecen juntas, y quienes intentamos servir a los refugiados debemos aprender a esperar con alegre esperanza la cosecha*, escribió Bill Yeomans SJ, que trabajó en varios campos del sudeste asiático en la década de 1980. El JRS se unió a los esfuerzos a gran escala para prestar asistencia vital. Sin embargo, se hizo evidente que incluso los esfuerzos por reforzar la protección de los refugiados y prestarles asistencia podían ser socavados o instrumentalizados, poniendo en peligro su seguridad.

El equipo del JRS que prestaba servicio en los campos de refugiados camboyanos en la frontera entre Tailandia y Camboya se enfrentó a un reto que exigía una decisión meditada. A principios de la década de 1980, se había formado una alianza política y militar en esta frontera entre los Estados Unidos, China, Tailandia y los gobiernos occidentales para oponerse a Vietnam («el enemigo de mi enemigo es mi amigo»). El ejército vietnamita había expulsado al Jemer Rojo e instalado el gobierno de Heng Samrin, leal a Vietnam. Se creó una organización humanitaria ad hoc para proporcionar alimentos, agua y refugio a los refugiados, llamada Operación de Socorro Fronterizo de las Naciones Unidas (UNBRO). Al mismo tiempo, la UNBRO permitió discretamente el abastecimiento de un movimiento armado. Para los tailandeses, los campos que se extendían a ambos lados de la frontera constituían una cómoda zona de amortiguación frente a una posible incursión vietnamita. Cuando estos campamentos fueron bombardeados en 1985, los refugiados fueron devueltos a Tailandia, pero permanecieron cerca de la frontera.

Los refugiados se vieron atrapados en el medio. Por un lado, se les proporcionó ayuda vital. Por otro lado, su presencia sirvió de mampara para ocultar fines políticos y militares subyacentes. Fueron «instrumentalizados» para mantener un esfuerzo bélico que perpetuaba la división de su país. Varios de los miembros del JRS consideraban que el JRS debía protestar enérgicamente contra esta injusticia y marcharse. Otros opinaban que, si se estaba explotando a la población, el JRS debía seguir acompañándola y no abandonarla a merced de las facciones armadas. Era una cuestión que había que discernir. Por suerte, el P. Howard Gray, uno de los gurús espirituales más conocidos de la Compañía en aquella época, estaba presente y accedió a facilitar el proceso de toma de decisiones.

La deliberación duró unas seis semanas y en ella participaron treinta miembros del JRS, que se reunían una vez a la semana en un sencillo *wat* (templo) cercano a la frontera entre Tailandia y

³ *Diakonia*, número 1, noviembre de 1983.

Camboya. La mayoría de los participantes eran cristianos, un tercio eran jesuitas, unos pocos eran budistas y algunos eran no creyentes. La diversidad del grupo era algo que el P. Arrupe había previsto en su charla de 1981: «... *qué maravilloso sería para la Compañía que personas no cristianas vinieran a trabajar por los pobres en las aldeas, motivadas por la filantropía...*». Hubo otros aspectos de la reunión que recordaban su charla en Bangkok: «*Para llegar a una política consensuada, tendrán que enfrentarse a tensiones, porque tenemos opiniones diferentes*».

Todos los participantes indicaron que tenían la intención de encontrar el resultado más adecuado. Howard los entrevistó y me confió que varios no eran «libres» o «indiferentes» respecto a la cuestión que se debía decidir, por lo que esto no cumpliría con todo lo que se requiere en un verdadero discernimiento. No obstante, me animó a seguir adelante, utilizando el método del discernimiento. Los treinta acordamos rezar o reflexionar durante al menos media hora cada día sobre las consideraciones que Howard presentaría cada semana y compartir sinceramente el resultado de las reflexiones. Al final de las seis semanas, se pidió a cada persona su decisión personal sobre la cuestión. El grupo se dividió a partes iguales entre los que querían que el JRS se retirara por completo y protestara, y los que consideraban que el JRS debía seguir sirviendo fielmente a los refugiados.

Howard Gray indicó que, tras escuchar todas las intervenciones, correspondía a mí, como director del JRS, tomar una decisión definitiva. Como resultado de este discernimiento, decidí que un equipo del JRS permanecería en el campo trabajando activamente por la reconciliación y preparando la repatriación de los refugiados a Camboya. Otro equipo se establecería en Camboya y se prepararía para recibir a los refugiados, al tiempo que trabajaría activamente por la reconciliación. Ambos equipos, especialmente el nuevo equipo en Camboya, atenderían a las personas más pobres, en particular a las numerosas personas heridas en la guerra que habían perdido extremidades en el conflicto o en su huida hacia la frontera, fuertemente minada, ya que, independientemente de la facción que acabara en el poder, siempre sería necesario atender a las personas discapacitadas. Las decisiones tomadas a raíz de esa deliberación tuvieron enormes repercusiones en el futuro.

Elementos clave del proceso de discernimiento

Reflexionando sobre este ejemplo, se pueden identificar los elementos de un proceso de toma de decisiones comunitario prudente e incluso discernido. Estos elementos podrían aplicarse si el objetivo es realizar una revisión, una evaluación o una decisión importante para una obra o institución apostólica, evaluar una tendencia sociopolítica o elaborar un plan apostólico.

En primer lugar, el grupo de discernimiento necesita un punto de partida común. En este caso, todos los que participaron en el discernimiento eran miembros de un equipo que llevaba la identidad del JRS. El objetivo fundamental del JRS había sido esbozado por el P. Arrupe y desarrollado en la vida y las reflexiones de los trabajadores del JRS. (La fórmula «acompañar, servir y defender los derechos de los refugiados» no se hizo explícita hasta mediados de la década de 1990, tras numerosas consultas). Al tener un punto de partida comúnmente acordado, el grupo también podía esperar llegar a conclusiones compartidas, incluso si el resultado no era el que algún miembro había deseado o previsto inicialmente. En el caso de un discernimiento entre jesuitas, el punto de partida, o lente compartida, incluye todo lo que nos

une como amigos en el Señor, nuestra experiencia compartida de los Ejercicios, la Fórmula del Instituto, las Constituciones, la pertenencia a la Compañía universal, entre muchos otros factores.

En segundo lugar, tener un punto de partida común ayuda a aclarar quiénes deben participar en el proceso de discernimiento.

En tercer lugar, todos los que participan deben intentar tener una mente abierta. Aunque vengan con una convicción sobre lo que se debe hacer, se les pide que la dejen a un lado y escuchen sin prejuicios todas las razones y argumentos que se expongan. En lenguaje ignaciano, esto se denomina «indiferencia».

En cuarto lugar, se pide a todos que sean abiertos unos con otros, hospitalarios, acogedores, generosos, pacientes y que den la mejor interpretación posible a lo que dicen los demás. Este es el espíritu de la Anotación 22, la «Presuposición» de los Ejercicios. Además, todo lo que dice San Ignacio sobre el discernimiento individual en los Ejercicios es importante que lo observe el individuo cuando participa en un discernimiento comunitario.

Quinto, y lo más importante, todo depende de la calidad de la escucha, especialmente por parte de quien debe formular la decisión final, para saber cómo se guía a cada uno y qué es lo más prudente para el grupo o la comunidad. «Escuchar» significa prestar atención a la información, a cada matiz, opinión reflexiva, deseos y pasiones. *«El discernimiento se hace siempre en presencia del Señor, mirando los signos, escuchando las cosas que suceden, los sentimientos de la gente, especialmente de los pobres»*⁴, explicó el papa Francisco en su primera entrevista extensa a la revista jesuita *La Civiltà Cattolica*.

En sexto lugar, se da por sentado, pero tal vez sea necesario aclararlo, que todos desean llegar a una narrativa común, es decir, alcanzar un entendimiento compartido del contexto complejo, y ponerse de acuerdo sobre el camino a seguir en circunstancias tan intrincadas.

Séptimo, debe haber un entendimiento entre todos los participantes sobre el proceso. No se trata de una decisión por votación democrática, ni de una decisión autocrática, sino más bien de una escucha intensa de la reflexión colectiva y la sabiduría orante. Creemos que el Espíritu de Dios obra entre nosotros de esta manera. Al final, el líder, después de haber escuchado atentamente durante todo el proceso, debe formular, con el asesoramiento y el consejo de otros participantes si es necesario, lo que entiende que es la forma más prudente de avanzar. El resultado del discernimiento no puede delegarse a un facilitador o a un subgrupo.

En octavo lugar, la cuestión que se va a discernir debe plantearse en una declaración clara.

Por último, el proceso puede ser lento, ya que las decisiones comunitarias requieren tiempo para aprender, pensar, reflexionar, escucharse unos a otros y para orar. El discernimiento instantáneo es posible, pero poco frecuente. *«El jesuita siempre piensa una y otra vez, mirando hacia el horizonte al que debe dirigirse, con Cristo en el centro»*,⁵ dijo el Papa Francisco.

⁴ Entrevista con el papa Francisco realizada por el padre Antonio Spadaro, consultada en https://www.vatican.va/content/francesco/en/speeches/2013/september/documents/papa-francesco_20130921_intervista-spadaro.html

⁵ Papa Francisco, «Pensar con el corazón: los Ejercicios Espirituales en la vida del jesuita, la Iglesia y el mundo», Conferencia Jesuita de Canadá y Estados Unidos, 2021 [1]

A pesar de todas las reflexiones e instrucciones detalladas sobre el discernimiento, es útil recordar que la toma de decisiones personales y colectivas es un proceso natural. Como dijo Karl Rahner:

*«También se puede decir que casi todo el mundo, cuando toma decisiones importantes, elige más o menos exactamente de la manera en que lo concibe Ignacio, del mismo modo que el hombre de la calle utiliza la lógica sin haberla estudiado nunca, y sin embargo sigue siendo útil sacar conclusiones mediante la lógica que se ha estudiado. En tales decisiones, el hombre reflexiona durante mucho tiempo.»*⁶

El enfoque comunitario de la toma de decisiones tiene un valor pragmático. La creación de consenso permite una mayor cooperación, un sentido de pertenencia y la eliminación de obstáculos. La participación de diversos actores puede aportar nueva información y perspectivas originales, lo que puede conducir a una mejor toma de decisiones. Estos pasos naturales nos permiten trabajar en unión de corazones y mentes, trascendiendo las diferencias personales, sociales, nacionales e ideológicas en una preocupación compartida por nuestra misión común.

San Ignacio y la caridad discreta: escuchar a las personas a las que servimos

San Ignacio no habla del discernimiento en común. Tampoco se utiliza mucho la palabra «discernimiento» en las Constituciones jesuitas. Allí, Ignacio utiliza la expresión *discreta caritas* y a menudo se refiere a la necesidad de prudencia⁷. La prudencia, señaló el P. Kolvenbach, es el valor central del discernimiento, más central incluso que la caridad. Sin prudencia, la caridad es *caritas indiscreta*.⁸ Cuando las Constituciones jesuitas se refieren a la «discreción», a menudo lo hacen como una cualidad esencial para los superiores en su toma de decisiones.

El discernimiento en común ofrece un punto central, un equilibrio entre un enfoque debatido o parlamentario, y una decisión autocrática de un individuo. Hay personas que presionan para una mayor democratización y hay superiores que microgestionan, manteniendo todo el poder para sí mismos. El discernimiento ayuda a encontrar un equilibrio entre estos enfoques. En la Compañía actual hay una mayor expectativa de consulta y de mayor participación en la toma de decisiones y la planificación. En el discernimiento en común, todos los participantes tienen la responsabilidad de expresar el fruto de su oración y reflexión. En última instancia, como señaló el P. Arrupe en Bangkok, alguien *tiene la responsabilidad de tomar la decisión*, alguien que escuche a todos, *considere todo lo que se discute y todo lo que está sucediendo en el contexto, sea abierto, prudente y tenga el valor de decidir y ejecutar*.

Aunque San Ignacio y las Constituciones no se refieren mucho al discernimiento comunitario, aprendemos sobre el discernimiento de la vida de San Ignacio, quien combinó el movimiento hacia una interioridad más profunda con la búsqueda de compañeros. Juntos, esos compañeros

⁶ Karl Rahner, «La lógica del conocimiento individual concreto en Ignacio de Loyola», en *El elemento dinámico en la Iglesia* (Friburgo: Herder y Herder, 1964), 166-167.

⁷ Peter-Hans Kolvenbach S.J., *Discreta Caritas*, Review of Ignatian Spirituality, n.º 113, 2006.

⁸ Constituciones de la Compañía de Jesús [217]

sondearon las profundidades de sus propios corazones y el de su época. Sobrevivieron mendigando y compartieron la vida de personas que vivían en condiciones precarias. Todo ello les ayudó a leer los «signos de los tiempos», a moverse en las corrientes de la cultura y a evaluar con prudencia la historia y la humanidad.

En cualquier apostolado jesuita no solo debemos escuchar a nuestros colegas, sino también a las personas a las que servimos. El P. Arrupe insistía, en el caso de los refugiados, en que «*Dios nos llama a través de estas personas indefensas*». Escuchar requiere respeto. Escuchar con respeto es a veces el mayor regalo que se le puede hacer a un refugiado. De hecho, escuchar con respeto conduce invariablemente al descubrimiento de que estas personas no son en absoluto «indefensas». Muchos refugiados tienen una capacidad considerable, pero se han visto reducidos a la indefensión y podrían verse aún más indefensos si se les deja en situaciones de dependencia y miseria. Este descubrimiento y discernimiento lleva a diseñar respuestas que aumenten la capacidad personal y comunitaria de los refugiados. Muchos refugiados son supervivientes que ya han tomado iniciativas audaces y creativas. Una gran parte del trabajo del JRS consiste en ayudarles a vivir como hombres y mujeres libres.

Incluso con su visión profética «*para hoy y para el futuro*», el padre Arrupe difícilmente podría haber imaginado cómo explotaría el fenómeno del desplazamiento forzoso. Entre 1985 y 1989, hubo cinco grandes emergencias internacionales que provocaron el desplazamiento forzoso de personas. En 1990, cuando la confrontación política y militar dejó de equilibrar las fuerzas opuestas con el fin de la Guerra Fría, este número se disparó a veinte. En 1994 eran ya veintiséis.⁹ Hoy en día hay aproximadamente cincuenta y nueve conflictos armados activos en más de treinta y cinco países, el número más alto desde la Segunda Guerra Mundial, y cada vez son más complejos, con grupos armados, alianzas cambiantes, intenciones criminales y violencia. Al mismo tiempo, se está produciendo un desmantelamiento constante del sistema humanitario internacional, construido con tanto esfuerzo en los ochenta años transcurridos desde la Segunda Guerra Mundial. Además, debido a que a las personas que buscan refugio se les niega cada vez más el derecho a cruzar las fronteras, se está produciendo un aumento masivo de los desplazados internos, que son víctimas de conflictos dentro de sus propios países y que permanecen sin hogar. Esta es nuestra experiencia en Myanmar, donde ahora hay más de tres millones y medio de desplazados internos, además de un millón de refugiados rohingya en Bangladesh y medio millón de refugiados en Tailandia y la India, junto con otros innumerables que huyen del reclutamiento y la pobreza.

Conclusión

En consecuencia, el JRS se ha convertido en una gran agencia presente en más de 50 países. A veces se considera que el JRS opera con autonomía, aunque es la única obra apostólica internacional de la Compañía directamente gobernada desde la Curia del P. General. El discernimiento dentro de la Compañía sobre este servicio cobra hoy más importancia que nunca si valoramos la visión del P. Arrupe, quien insistió en 1981 en que «*tiene que haber una unidad básica de ideas para este nuevo tipo de apostolado que está a punto de nacer*».

⁹ Stremmler, John. *People in Peril: Human Rights, Humanitarian Action, and Preventing Deadly Conflict* (Carnegie Corporation of New York, 1998), disponible en línea.

El JRS se considera una parte tan importante del legado del P. Arrupe que también se le conoce como su “canto del cisne”, al igual que su charla a los trabajadores del JRS en Bangkok. Cuando el P. Pedro Arrupe profetizó que el JRS aportaría grandes beneficios a la Compañía de Jesús estaba convencido - estoy seguro - de que, al acompañar y escuchar a los refugiados, y al reflexionar juntos de forma discernida sobre lo que se aprende de ellos, la Compañía de Jesús respondería de forma más decisiva, no solo a ellos, sino también a las profundas necesidades de nuestro tiempo. Perfeccionaría su forma de trabajar por la justicia mediante el acompañamiento, la investigación y el discernimiento comunitario. Sus iniciativas serían flexibles, colaborativas y audaces, impulsadas por una escucha atenta y por una caridad prudente y discreta. El discernimiento comunitario ofrece un camino que conduce a este ministerio profético al que nos llamó el P. Arrupe cuando fundó el JRS: «*Este trabajo será una escuela en la que aprenderemos muchas cosas*».

El padre Mark Raper SJ pasó veinte años en el Servicio Jesuita a Refugiados, primero como director regional para Asia-Pacífico y luego como director internacional. Posteriormente, pasó otros veinte años como superior mayor de Australia, Timor Oriental y Myanmar, y como presidente de la Conferencia Jesuita de Asia-Pacífico. Actualmente vive en Myanmar.

